

REFUNDAR Y SUPERAR EL MERCADO DE TRABAJO

Thomas Coutrot y Michel Husson

Artículo de próxima aparición en *Viento Sur*

« En el alba del tercer milenio », la idea de una gran transformación del trabajo asalariado es ampliamente mayoritaria : nos encontramos efectivamente en una encrucijada. Pero atención : tras palabras semejantes se disimulan proyectos socialmente contradictorios. Bajo los discursos aparentemente convergentes sobre el nuevo modelo de trabajo, sobre la nueva economía (¡todo es decididamente nuevo !), se puede encontrar lo mejor o lo peor según las dinámicas sociales subyacentes. Reina la ambivalencia : para evitar sus trampas, en primer lugar hay que rechazar todos los determinismos invocados por el pensamiento único, en la gran tradición del « Tina » (There is no alternative) de Margaret Thatcher. Es curioso ver como los liberales retoman del marxismo lo que tiene de peor, a saber, una visión determinista y fetichizada del progreso. Así las nuevas tecnologías llevarían ineluctablemente al aumento de las desigualdades y de la exclusión, en la medida en que solo los « mejores » sabrían adaptarse a las convulsiones que traen ; la mundialización implicaría fatalmente el desmantelamiento de las protecciones sociales solidarias y la puesta en pie de débiles redes de seguridad reservadas a los excluidos. Sin embargo las nuevas tecnologías, como la mundialización, son por el contrario oportunidades históricas portadoras de un considerable potencial de liberación social, que pasa por una disminución radical del tiempo de trabajo y una ampliación sin precedentes de los horizontes de cada ser humano. No hay ninguna fatalidad en que conduzcan al subempleo, a la regresión social o al sufrimiento en el trabajo. Es el marco capitalista en el que se inscriben las innovaciones el que ahoga sus potencialidades y las transforma incluso en verdaderos azotes sociales.

¿ Asignación universal o pleno empleo ?

El « final del trabajo », a menudo anunciado, haría del pleno empleo una especie de anacronismo, debido a una irremediable pérdida de sustancia del valor-trabajo. No se trata solo de un juego de palabras : el retroceso del trabajo como valor social derivaría de una disolución de la ley del valor trabajo. Sería preciso en adelante tan poco trabajo para producir una mercancía, que la teoría según la cual es este gasto de trabajo el que regula su precio – su valor - perdería toda validez.

Nos parece que es exactamente lo contrario lo que está ocurriendo : la razón por la que el capitalismo se ha puesto a funcionar de forma regresiva es justamente su incapacidad para utilizar otro cálculo económico que el fundado en el gasto de trabajo. Se nos responderá que las mercancías son cada vez más inmateriales, lo que sería incompatible con el valor-trabajo. Pero éste no está reservado a la producción de bienes físicos por trabajadores manuales. ¿La mercancía es un producto (un bien o un servicio) del trabajo asalariado, que es vendida con el objetivo de valorizar un capital. ¿En qué modifica el desarrollo de los servicios y de la información, desde este punto de vista, la naturaleza de la mercancía ?. Por mucho que los start-up de la « net-economía » puedan vender mercancías virtuales (no todas, por otra parte), eso no les dispensa de exigencias de rentabilidad, como muestran las primeras y fuertes decepciones registradas en este sector. Por supuesto, hay problemas de « delimitación individual » de la mercancía, en el caso por ejemplo de programas reproducibles a costes muy bajos, pero es una cuestión que concierne sobre todo al reparto del beneficio entre diferentes capitales, sin presentar dificultad teórica mayor.

Otro argumento consiste en decir que los salarios representan una fracción cada vez más reducida de los costes. Que la parte de los salarios en el valor añadido baja, es innegable. Pero ello no implica que sea poco a poco reducida a una cantidad despreciable. En caso contrario, habría dificultades para explicar la energía desplegada por los patronos para reducir la masa salarial, rebajar el número de efectivos, etc. Cuando una empresa compra los servicios de una sociedad de servicios informáticos o de limpieza, las sumas que consagra a ello se resuelven a fin de cuentas en salarios, incluso si no son contabilizadas en el apartado de « gastos de personal ». A nivel global, los salarios representan alrededor de los dos tercios del valor añadido de las empresas. En definitiva, la ley del valor continúa operando, y las ganancias de productividad no implican en nada que la producción de riqueza se haya vuelto autónoma en relación a los gastos de trabajo.

El argumento central de los defensores del « fin del trabajo » sigue siendo la « revolución de la información » que provocaría avances de productividad fulgurantes. Cuando se les exponen los hechos, que muestran al contrario una ralentización de la productividad (cf. Supra), responden que hoy las estadísticas subestiman considerablemente la productividad, porque su medida es muy difícil en una relación de servicio. Pero, incluso subvaluada, un aumento fulgurante de la productividad significaría que con un mismo gasto de trabajo, se producen muchos más bienes y servicios reales. Sin embargo la mayoría de los consumidores no están sumergidos por una masa de mercancías producidas en un abrir y cerrar de ojos o de servicios high tech ; ocurre, incluso, todo lo contrario, con un bloqueo casi universal del salario, el ascenso de la precariedad y de la pobreza. Esto es incomprensible : quien dice enorme productividad dice enorme cantidad de bienes y servicios producidos, y consiguientemente, superabundancia al menos potencial. Decididamente, faltan bastantes eslabones en el razonamiento.

Incluso si las ganancias de productividad se aceleraran en el futuro, hay múltiples maneras de utilizarlas. La reducción del tiempo de trabajo es una de ellas, que permite evitar todo aumento del paro. Hasta nueva orden, son las leyes de la economía capitalista las que seleccionan las utilidades compatibles con sus modalidades de funcionamiento y restringen las posibilidades de decisión de conjunto. Insistimos en este punto : una progresión rápida de la productividad no representa un riesgo de regresión, una amenaza social, más que en la medida en que las relaciones sociales capitalistas obstaculizan su distribución racional y equitativa.

Pero es a una conclusión muy diferente a la que llevan las tesis sobre « el fin del trabajo » : el pleno empleo estaría definitivamente fuera de la posibilidad de alcanzarse y habría que sustituirle la perspectiva de una renta garantizada para todos, independientemente de toda contribución a la producción. Sin embargo, esta afirmación no está nunca claramente establecida. Los razonamientos oscilan entre una resignación teorizada a partir de la realidad observable « es el único terreno en el que se puede avanzar » y un modelo utópico que extrapola indebidamente fenómenos marginales : « Es la única reivindicación verdaderamente subversiva ».

La realidad observable es que la disminución del tiempo de trabajo es muy lenta y que, por ello, el pleno empleo parece lejano. ¿Una asignación universal cambiaría radicalmente este cuadro ? . Depende. Si se trata de una renta garantizada « suficiente » , como propone André Gorz, es decir del orden de 4.000 a 5.000 francos por mes y por persona (niño o adulto), sin suprimir la seguridad social, entonces si que puede tratarse de un instrumento de liberación (fuera) del trabajo : pero eso supone una redistribución radical de las rentas (2.400 millones de francos a

financiar, es decir, ¡el 30% del PIB !). ¿Es más fácil de realizar que una « buena » reducción del tiempo de trabajo creadora de empleos ?. Podemos dudarlo : si se parte del postulado de que « el empleo, se acabó », nos privamos de un importante terreno de lucha, el de la empresa y de la relación capital-trabajo que ha sido siempre – y continúa siéndolo en gran medida - central en la construcción de las relaciones de fuerza sociales.

En cambio, la mayor parte de los proyectos sitúan el nivel de asignación alrededor de 1.500 a 2.000 francos, en sustitución de las actuales prestaciones sociales ; se trataría entonces de una amplia regresión. En su versión liberal, la renta mínima está concebida como una limosna a los « inempleables » que permite luego tener las manos libres para liberalizar el mercado de trabajo y suprimir el SMIC (Salario mínimo interprofesional) limitando los riesgos de explosión social.

Hay pues que guardarse de una estrategia exclusivamente fundada en la perspectiva de una renta garantizada desconectada de la esfera productiva : la recuperación reciente del empleo habrá permitido por otra parte poner un poco de razón práctica en este debate. Si el proyecto de renta garantizada no va acompañado de la perspectiva de una vuelta al pleno empleo mediante una política de reducción del tiempo de trabajo, se corre el riesgo de ratificar en lo inmediato el dualismo social que separa a quienes tienen acceso al empleo (consiguientemente al salario) y los demás, que no tendrían acceso más que a una renta realmente mínima.

Esta posición es coherente con nuestro análisis según el cual es la no reducción del trabajo la que crea paro en beneficio de reducidas capas sociales que se benefician de la redistribución de rentas financieras. Desde un punto de vista estratégico, la reivindicación de una renta garantizada incondicional de buen nivel debe ser adoptada por el movimiento social, dado que el capitalismo excluye duraderamente a personas del trabajo, y consiguientemente de rentas decentes. Se trataría de una renta social garantizada que cubra toda una gama de situaciones como el paro, la jubilación y los tiempos de formación – incluida la formación inicial – para los estudiantes de secundaria y los estudiantes de mayor edad. Es razonable evaluarla al nivel del SMIC (Salario mínimo interprofesional) actual, él mismo definido, recordémoslo en referencia a la satisfacción de necesidades mínimas. Pero mientras la penosidad del trabajo no esté compensada por su interés, por el reconocimiento y la integración social que aporta, parece deseable que el hecho de trabajar procure una renta superior a ese mínimo. Para una renta mínima neta de 5.000 francos, se podría tener, por ejemplo, un salario mínimo de 6.500 francos. Nuestra propuesta va en el sentido de invertir el discurso sobre las trampas de pobreza que conduce a tomar como norma el SMIC actual, incluso la mitad del SMIC, y a sugerir a continuación que los mínimos sociales deben ser inferiores a esta norma. De acuerdo para una « exoneración », pero que funcione al revés y represente el precio que tienen que pagar los patronos para convencer a individuos que disponen de una renta decente de aumentarla mediante su trabajo.